

## LA SOCIEDAD PATIANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Francisco U. Zuluaga R.  
Universidad del Valle.

El Siglo XIX fué pletórico en acontecimientos sociales en el Patía. Además de los acontecimientos militares de la guerra de Independencia en que participaron los patianos, inicialmente al servicio de la Corona Española y posteriormente de los Ejércitos Republicanos, en los demás órdenes de la vida este siglo significó grandes cambios.

Descubrieron, los patianos, su valor militar para la sociedad mayor envuelta en sucesivas guerras civiles. Su participación en ellas, el incremento de las comunicaciones entre Pasto y Popayán, y alguna ingerencia de los criollos en la región, les impulsó a establecer los límites de su área de influencia emprendiendo la colonización de tierras hasta entonces abandonadas en la orilla oriental del valle.

Una mayor conciencia de su singularidad frente a grupos sociales cercanos les permitió ir fijando sus expresiones folclóricas.

Todo esto en un proceso donde se mezclan el afianzamiento de costumbres y valores propios con la asimilación de costumbres y valores de la sociedad mayor. Es como si el retorno de la guerra de independencia, en su incorporación a lo hegemónico, les hubiera permitido recuperar su propia cultura y afianzarla sin perder el diálogo con la sociedad mayor.

Este proceso de identificación-desidentificación, caló tan profundamente en el patiano común,

que alguna tradición seguramente fantástica, dice:

De Simón Bolívar dicen  
que en Patía se enamoró  
de una negra muy querida  
que enojada le gritó:  
Tu libertad no la quiero;  
quiero yo la libertad  
para gritar con el alma;  
Que viva mi madre España!  
que de allá vienen tus ojos,  
que me embrujan, que me queman,  
con llamarada de amor.

No me tientes, Simoncito  
que así mismo me imagino  
a mi Rey y mi Señor.  
Y dicen los que la oyeron  
que el Genio se impresionó  
y esa noche, muy de noche,  
en Patía se durmió;  
en los brazos de la negra  
que dormida le decía:  
"Oh mi Rey y mi Señor!  
Libertádmeme de este amor!"

El 27 de abril de 1831, fecha en que Boussingault llegó a El Bordo, las gentes del Patía -a fuer de humildes, ignorantes y desconocedores de las normas de la sociedad "cultura"- fueron apreciadas por el viajero europeo con condiciones de salvajismo y criminalidad. Sus lentes no sólo eran extranjeros sino que debieron de haber sido bien adecuados por los prejuicios de los

circulos republicánamente aristocratizantes de Bogotá y Popayán.

Decía:

...a las 5 estábamos en el Bordo, desde donde se domina el Valle del Patía. Allí no se encuentran sino algunas casas habitadas por mulatos famosos, durante las guerras de Independencia, por las atrocidades que cometieron con las tropas de la República y por su devoción a la causa realista. Para mí, que no disimulaba mis ideas, era un vecindario peligroso. Allí es donde reside ordinariamente el cura de Patía a quien hice una visita. Ya sabía de mi llegada y me pidió noticias de mi amigo el Obispo de Popayán: el pilla me dió su bendición como un sapo que lanza su veneno; a mí parecer tenía ante mí a un verdadero jefe de bandidos; ...<sup>2</sup>

Esta apreciación, unida a su descripción de las condiciones en que pernoctó y comió, están unidas a la inclemencia del clima, haciéndose todo uno en su sentimiento y apreciación de gentes y paisaje. Pero, aunque resalta lo contrario, no puede ocultar la hospitalidad de que gozó, a pesar de la pobreza y limitaciones de los habitantes del Valle: tanto en los Arboles, como en el Bordo, o en la "cabaña miserable" de un negro con "bubas", fué' recibido con tan buena voluntad como en La Venta, y posiblemente con menos peligro.

La dueña de la Venta a donde llegué, mujer excelente, demostró una viva inquietud a la vista del cuello rojo de mi uniforme y me dijo: "Entre usted en esta pieza y no importa lo que oiga esta noche, no se mueva" e hizo esconder mi silla y mis baules en alguna parte de la casa. Había un "angelito", un encantador niño muerto, colocado sobre una mesa, rodeado de flores y con su madre acongojada sentada cerca de él, mientras que se bailaba un "fandango" endemoniado y se bebía en exceso para celebrar el viaje del alma del querubín hacia el paraíso. Nada más triste que el contraste que hace un dolor profundo y una loca alegría; varias veces me tocó asistir a esta triste escena del "angelito". Hacia media noche oí gritar: "¿Quién vive?" y una voz desde el exterior contestó "El Rey". Comprendí en seguida

que me encontraba en medio de una partida de realistas y que esto era un conciliábulo de pastusos insurrectos. Discutieron con vehemencia, pero a través de la puerta de mi cuarto no pude comprender nada de lo que dijeron; una hora después todos se habían ido. Cuando me desperté la buena posadera me anunció que podía salir a desayunarme y añadió que quien había contestado "El Rey" era el famoso Erazo. El hecho fué' que la excelente mujer había tenido mi vida en sus manos y más tarde supe que había pasado la noche en la misma habitación en donde se había acostado el Gran Mariscal Sucre, la víspera de su asesinato.<sup>3</sup>

En abril de 1876 otro viajero cruzó el Valle del Patía M. E. André, describiendo un clima igualmente insalubre, y una población más pacífica -aunque orgullosamente adusta- y laboriosa. Sobre la población del Valle y sobre la localidad del Bordo dice:

La población negro-indio se estableció y multiplicó en el Valle del Patía, dedicándose a la pesca; removió, a menudo con buen éxito, las arenas auríferas del río; cultivó en un suelo fértil, la caña dulce, el plátano, el café, el cacao, la yuca, y crió mucho ganado en buenos prados preservados por excepción de las devastaciones de la mosca nuche.

Tal es, en resumen, el aspecto físico del Patía alto y medio, visto desde las alturas del villorio el Bordo, población de tan escasa importancia que ni aún se menciona en las geografías colombianas; pues solo se compone de unas treinta casas y una barraca con techumbre de paja que hace las veces de iglesia.<sup>4</sup>

Evidentemente, a André le interesaban, más que el "salvajismo" de la pobreza, los medios de vida y costumbres de los nativos. Es de contrastar y constatar el crecimiento de el Bordo entre 1831 y 1876. Este sitio que, en los tiempos de Juan Tumba era una venta en el camino, al paso de Boussingault ya empezaba a desplazar a la población del Patía siendo asiento regular del cura y en los tiempos de André ha llegado a ser la población más

importante del valle. Bastaría comparar su descripción del Bordo con la de la decadente población de Patía:

A las doce y media del día llegábamos al pueblo de Patía (635 metros), con un calor sofocante y húmedo, al fondo de un valle donde por todas partes se respiran calenturas. Una iglesia grande y destaralada con muros de barro medio hendididos; miserables cabañas entre escasas plantaciones de tamarindos; humeantes escombros de habitaciones incendiadas la noche precedente; una escuela pública, en donde un jovencito, casi un muchacho, daba clase sentado en el umbral de la puerta, a algunos arrapiezos que loían en un cuadro; acá y acullá caminantes mulatos, macilentos y de andar incierto; una regular sopa de sancocho y una noche de mosquitos, constituyen las poco consoladoras notas tomadas como recuerdo del pueblo de Patía.<sup>5</sup>

Efectivamente, en 1826 la cabecera del municipio del Patía era el pueblo de Patía con su alcalde (Manuel Delgado) y el Bordo tenía categoría de corregimiento, a pesar de que dos años antes había obtenido la autorización para la construcción de su iglesia, con razones que el documento expresa así:

El presbítero José Ma. Charón y Sánchez, cura inter de Patía, ante Vuestra Ilustrísima, como más haya lugar en derecho digo: Que estando el pueblo de Patía situado en un temperamento demasiado ardiente y sangriento como lo acredita la experiencia, que aún los caminantes temen pasar por allí, menos podrá un cura hacer su residencia en el dicho pueblo, pues también es constante que no hay cura que halla, por robusto y sano que sea, que ha poco tiempo no viva enfermo y por consiguiente no puede administrar los Santos Sacramentos ni celebrar, y carecen los feligreses de estos socorros. Y para poner remedio a todos estos inconvenientes, o a lo menos remediar alguna parte, fuera del pueblo -a cosa de dos horas de distancia- hay un puesto llamado el Bordo de un temperamento más apacible y menos caliente y mejores aguas, en donde se me dá terreno propio para levantar una capilla, porción de los que viven inmediato que pasan de cien almas de los que han quedado a vecindad se unen a la dicha capilla en exigiendo

y residiendo allí el cura. Y para que se vean mejor servidos los feligreses, y que allí es el centro del curato, se dignará concederme las licencias necesarias para la construcción de la expresada capilla....<sup>6</sup>

A esta migración de la autoridad eclesiástica, le seguiría - unos cincuenta años después- la migración de la autoridad civil, pues, aunque solo llegaría a ser reconocido el Bordo como cabecera en 1907, desde los últimos veinte años del Siglo XIX la alcaldía de Patía funcionaba -de facto- en el Bordo.

La tradición nos cuenta que hacia la penúltima década del siglo pasado la alcaldía funcionaba en la población de Patía, y que el alcalde, el señor Eugenio Rodríguez vivía de ordinario en El Bordo, desde donde tenía que ir casi a diario a atender la oficina de su cargo. Pero que se aburría de tantas idas y venidas y un día cualquiera resolvió por sí y ante sí acomodar el pequeño archivo del despacho en sus alforjas y se vino con él, ahurtadillas de los patianos, estableciendo así de hecho la capital en El Bordo.<sup>7</sup>

Este crecimiento de El Bordo, manifestación y resultado de un incremento en la circulación de gentes y mercadería entre Pasto y Popayán, estuvo acompañado por un mayor número de nuevos habitantes no negros que, encontrando más benigno el clima de El Bordo que el de Patía, dan razón de ese crecimiento del poblado y de una cierta presión sobre los negros asentados en el resto del valle, los que debieron verse compelidos a buscar nuevas tierras.

Una de estas migraciones, quizá la más importante, debió darse hacia Capellanías, atraída por la producción de sal.

Según tradición oral recogida por Diego Ceballos y Martha González de Ceballos, María -esclava del General Tomás C. de Mosquera- observando la reiterada concurrencia del ganado hacia un sitio especial, decidió probar el agua en que abrevaban las reses encontrándola sumamente salada. Difundido el descubrimiento, dió origen al poblado de Capellanías. Un habitante de la región, transmitió a los Ceballos la siguiente

tradición:

El pobladito de los negros estuvo primero donde doña Estéfana Mosquera en Butuyaco, hacienda del general Mosquera. Los esclavos de los Mosquera, que llevaban el apellido del amo, descubrieron la salina. Luego nos trajeron a nosotros patianos. Mi bisabuela Petrona Angulo era esclava en Barbacoas, ella casó con el mestizo Juan Dorado y en ese tiempo, eso, pues era dejarla un poquito libre por el casorio con el mestizo o por lo menos los crios. Algunos vinieron del Tablón del Arado (Inspección de San Joaquín). Así fuimos llegando algunos, a otros nos trajeron como esclavos. Allí empezó la cosa de la salina.<sup>8</sup>

Así como La Herradura, Mohanes, Guachicono y el mismo Patía, tuvieron origen en la cercanía al río para lavar oro o en la función de sitio de bautismos durante el curato itinerante del Patía, otros caseríos -y el mejor ejemplo es Capellanías- se originaron en la explotación de la sal, o el puro (calabaza), o el junco y en algunos casos -como El Estrecho- en la actividad comercial. Pero todos ellos, sea cual sea su origen estuvieron asociados a la cría de ganado, a pequeñas parcelas de producción agrícola para el auto-abastecimiento, y se localizaron a lo largo de caminos que comunicaban las haciendas.

Múltiples caseríos fueron cubriendo el extenso valle. Desde el punto de vista político algunos llegaron a ser inspecciones de policía o corregimientos, pero para los vecinos del valle eran simplemente pueblos o callejones o veredas. Todos ellos, exceptuando, quizá, los dos caseríos de mayor pretensión urbana, El Bordo y Patía, presentaban una estructura de asentamiento igual a la tradicional vereda. Esto es:

Las casas estaban organizadas veredalmente, digamos, porque entre ellas no hay orden, no hay nomenclatura ni hay nada de eso. Las casas eran como, digamos, salteadas, a cierta distancia pero en desorden, cada cual en su punto que le gustaba: por el agua, por facilidades de esto o aquello, más cerca al camino real, en muchas partes hacia los ríos, o hacia caminos vecinales.<sup>9</sup>

Seguramente, a los ojos de un extraño, estas veredas no debían ser muy distantes de un grupo de “miserables cabañas entre escasas plantaciones de tamarindos” como vió André a Patía. A pesar de lo corto de estos poblados, se daba -y se sigue dando- una amplia actividad social. En 1876 André, un domingo vió...

...salir de misa a las mujeres arrastrando por el barro largas faldas de percal de vistosos colores, abierto el corsé, calzados los pies con zuecos de una forma particular. De regreso a sus viviendas iban a preparar el almuerzo, mientras los hombres se ponían a jugar a una especie de chito o bien cantaban acompañándose con la guitarra.<sup>10</sup>

Hoy en día, 1988, los días de mercado, los días de fiesta, con otras modas, las mujeres siguen vistiendo con colores vistosos, y en las tardes, es frecuente ver a los hombres -frente a sus casas o en las tiendas del pueblo- jugando dominó o naipes, mientras que los domingos son frecuentes las riñas de gallos.

En 1876, las fiestas estaban amenizadas por el bambuco. Esta costumbre ha disminuído, especialmente en los pueblos grandes -El Bordo, Patía, El Estrecho- y cada vez se ve más relegada a las poblaciones alejadas de la carretera Panamericana; sin embargo las características de este baile siguen siendo las mismas. La descripción que, de un baile de esta naturaleza, hace el viajero es la siguiente:

Los ejecutantes [de la orquesta] son seis, sentados al fondo del local sobre un banco rústico. El primero toca el triple o la bandurria, del tamaño de media sandía, cuyo instrumento hace las veces de primer violín. A su lado se sienta el maraco, compuesto de dos calabazas con mango de palo y llenas de semillas negras de achira; este instrumento se toca agitándolo como los antiguos chinescos o campanillas. Siguen dos guitarras o vihuelas segundas de la misma forma que la primera, pero cuatro veces mayores, las cuales remplazan al violín segundo y al violoncello. Viene a continuación el tambor, equivalente al bombo, que descansa horizontalmente en el suelo y es sacudido a

fuerza de brazos con una baqueta forrada de piel. Por último, el cañón desempeña el oficio de tamboril y pandero, siendo un instrumento muy parecido aun enorme pote de confituras tapado con su papel, el cual se toca con los dedos, las uñas, el puño, los codos y las rodillas. El efecto de esta orquesta medio salvaje es de todo punto indescriptible.

Marco Antonio [el dueño de casa] , con la sonrisa en los labios, no quiere dejar a nadie el cuidado de desplegar ante nosotros las gracias del bambuco nacional. Elige su bailadora, se hecha la ruana atrás, se cuelga un pañuelo de seda al cuello, coge los picos, se pone en jarras y comienza la persecución. Digo persecución porque eso y nada más es el bambuco que he visto bailar. La bailadora retrocede, gira sobre sí misma con los ojos modestamente bajos, balanceando los brazos y sin levantar apenas los pies del suelo: escapa sin cesar a los obsequios de su pareja, resistiendo a todas las seducciones que despliega ante ella. Ese manejo dura horas enteras, hasta que después de mil vueltas y revueltas, cae por fin a la fascinación de los ojos inexorables del bailarín, quien entonces la coge en sus brazos y rendida y palpitante la lleva a la sala vecina, donde la esperan refrescos en forma de copas de aguardiente y cigarrillos de tabaco negro.<sup>11</sup>

Pero no son estos los únicos bailes, cantos y fiestas tradicionales del Patía. Según nuestros informantes, las fiestas principales se celebraban - y celebran - en el día de San Juan y las Fiestas patronales de San Miguel.

En los San Juanes se divertían, eso era de un sitio a otro, cabalgatas... Todo el mundo era amigo, no habían rencillas, ni deudas que pagar, ni mucho menos, sino era sólo armonía. Se pasaban ocho días de fiestas y eso no resultaba un contuso, por el mucho entendimiento. Se bebía trago, diga usted, a lo desgualtao; pero sin tener molestias, porque no había rencillas. La gente era sana, sencilla, sobre todo la del Bajo Patía.

Y acá ya, en la capital -digamos- del municipio, las fiestas eran frecuentes...La Calle Nueva era la que tenía por objeto levantar esas fiestas, organizarlas. Yo era el que iniciaba esas parrandas, me traía personal del Tambo a tocar tambora y la corrida de gallos, bueno... y caballos pues. Y

yo me traía los negritos de por ahí del Patía...Las fiestas se desarrollaban sencillamente con un buen desayuno, por la mañana y todo el mundo a cabalgar pues, de a cuarenta o cincuenta o más cabalgantes -hombres y mujeres- y había un sitio especial por allá en el río, en el Guachicono, nuestro turbulento Guachicono. Allá nos pasábamos todo el día bailando, con sus tamboras y chirimías.<sup>12</sup>

En las fiestas de San Miguel, que eran las más rumbosas, estaban presentes todos los vecinos con comida, aguardiente, caballos, esforzándose por sobresalir y mostrarse generosos.

Generalmente, se iniciaba la fiesta con una misa y se continuaba con una gran parranda:

Se hacía esa ternera a la llanera, cada familia hacía envueltos para repartir en la plaza pública, o donde se hiciera como en la quebrada, y eso andaban repartiendo aguardiente en barriles. Andaba uno con un barril y repartiéndole a todo el mundo en las casas. Y ya se comían esa novilla en la plaza y eso era a bailar, pues! Y cabalgatas, buenos caballos, había quien montara bien, chalanos. Y eso traían bandas de músicos, de Bolívar, de San Pablo. Se salía de la misa y era ahí mismo para la plaza.<sup>13</sup>

En estas fiestas generales como en las fiestas hogareñas o familiares, el bambuco era la música más apetecida. Sin embargo, en celebraciones especiales, se hacían presentes otros ritmos y cantos en los que se mezclaba la celebración profana y un ritual que manifiesta la solidaridad comunitaria con el dolor o la alegría y la aceptación social del acontecimiento.

Aún hoy en los matrimonios se cantan tonadas, a los muertos adultos se les cantan alabados y a los angelitos pajarillos.

En los entierros de los "angelitos" se baila y canta ante el niño muerto durante la noche mezclando el bambuco con los pajarillos. Al día siguiente se colocaba el niño muerto en una batea, una señora -preferiblemente la madre o la madrina- lo cargaba en la cabeza y así lo transportaba hacia el cementerio; seguidos por

los parientes y amigos que iban cantando y bailando pajarillos como el siguiente:

Ay mi pajarillo el zambo,  
anoche donde dormiría,  
debajo del limón verde  
donde el agua no corría.  
Debajo del limón verde  
donde el agua no corría.

A las cinco murió el sol,  
dando las seis de la tarde  
así se murió este niño  
sin darle a saber a nadie.  
Así se murió este niño,  
sin darle a saber a nadie.

Todas las que tengan hijos  
vengan a ayudar a cantar  
que es un hijo de mis entrañas  
que lo llevan a enterrar.  
Que es un niño de mis entrañas  
que lo llevan a enterrar.<sup>14</sup>

En los entierros de adultos se cantan alabados, haciendo referencia a su paso de esta vida a la eterna. Un fragmento de alabado dice:

Al silencio de la noche,  
un rendido corazón  
cantar quiero, si me escuchan,  
el acto de contrición.  
Cantar quiero, si me escuchan,  
el acto de contrición.  
Arrepentida he venido,  
de lo que en el mundo he visto,  
y a ti, postrada, encomiendo  
Señor mío Jesucristo.  
Y a ti, postrada, he venido  
Señor mío Jesucristo.

En los matrimonios la temática de la tonada es diferente; una de estas canciones dice:

Ayer iba pá Patía,  
y hoy me voy pá Mercaderes,  
porque allá siquiera saben  
darle un trago a las mujeres.  
Porque allá siquiera saben

darle trago a las mujeres.

Yo jugué con un tatur,  
negando el primer embite,  
entonces le dije a mi hijo:  
en juego largo hay desquite.  
Entonces le dije a mi hijo:  
en juego largo hay desquite.

Cuando vos estarés diciendo:  
Quiero bordo bollo el polvo,  
a mi me estarán hechando  
cuatro amigos para el hoyo.  
A mi me estarán hechando  
cuatro amigos para el hoyo.

Cuando vos te estés limpiando  
el pudor con el pañuelo,  
a mi me estarán bajando  
de la cama para el suelo.  
A mi me estarán bajando  
de la cama para el suelo.

Tanto en las fiestas generales como en las familiares, la bebida, la comida, la música y los juegos están unidos a las noticias, los comentarios, los cuentos y las leyendas. Se vá enriqueciendo y decantando el acontecimiento importante para la comunidad, la tradición, y se van fijando textos en los que se manifiestan los sentimientos y los anhelos comunitarios.

La música le ha servido para construir con ella una leyenda en la que fija la territorialidad de la música y del patiano.

Contaba Juan de Dios Bermúdez, que es un hombre de nuestra historia, y un señor José Tomás Diago, y dicen que José Tomás Diago estaba cantando tonada aquí, en los Medios. Juan de Dios Bermúdez estaba aquí en Capellanías que está -más o menos- cuatro horas de camino, tocando tambora de cuero de mula, y la gente bailaba acá en Balboa.<sup>15</sup>

Y así como hay un sentimiento de territorialidad para lo patiano, también existe una cierta nostalgia por la "bravura" del patiano, la que se siente estar en decadencia.

La característica del patiano ha sido que a él nunca le ha gustado... o se ha dejado, así no más, mangoniar de nadie. Antes ahora ya nó, ya todo ha cambiado. Antes parece que los hombres no eran muy ... muy sociables, en una palabra porque eran demasiado bravos. Por ejemplo, a una fiesta aquí la gente no venía tanto, porque los patianos eran muy bravos y les gustaba pelear mucho. Me recuerdo que en 1950, trajimos a la profesora Teodolinda, que trabajó en la Alianza. El día de la madre le hicieron una fiesta por allí y eso se formó una serra-morena de Virgen Santísima. Salieron siete heridos.<sup>16</sup>

Este deterioro general de su cultura, lo siente el patiano en todos los órdenes de vida ; muy especialmente en cuanto a su folclor y su música.

El bambuco patiano, a raíz de la entronización de la luz eléctrica y los equipos de sonido en la zona, se ha perdido en los pueblos sobre todo. En los campos todavía subsiste, persiste esa práctica.<sup>17</sup>

Al recoger algunos testimonios contemporáneos se ha insinuado que, para ellos, un referente de los acontecimientos de la región - en el tiempo- es la Guerra con el Perú. Aparentemente no existe una razón de peso que ate esta región a dicho evento. Sin embargo, evaluando los cambios bruscos a que dieron lugar acontecimientos ligados con la Guerra, hay que estar de acuerdo con que ella cambió radicalmente al Patía.

Como ya señalamos en un artículo publicado hace varios años,<sup>18</sup> el Patiano construyó toda una cultura al rededor de su platanar donde se encontraban su mujer y sus hijos obteniendo los productos más indispensables para la subsistencia y, en los casos en que el platanar se ubicaba cerca a las quebradas y los ríos, obteniendo un poco de oro. Estos platanares - pequeñas parcelas- se aglutinaban en veredas o caseríos con una intensa relación de parentesco. Pero aparte de un sentimiento de propiedad individual sobre estos platanares, el patiano consideró siempre el valle, la llanura abierta, como una propiedad común, en la cual desarrolló la actividad que llegó a considerar su campo

vital: la ganadería. En ese valle, que para el patiano eran pastos de todos y de ninguno, soltaba sus reses a pastar y en la medida en que "su" ganado se diseminaba por la llanura, debió aprender el ejercicio de un permanente y extendido pastoreo sobre sus cabezas de ganado y las ajenas; aprendió, incluso, a disponer del ganado del valle como propio, de acuerdo con sus necesidades y las de sus vecinos de vereda, sin excederse.

Esta forma de vida fué posible y pudo convivir con la propiedad legal del Valle en manos de los hacendados, gracias a la condición de propietarios ausentistas de los hacendados, la tolerancia de algunos propietarios con las costumbres patianas y a la morigeración de los patianos en su acción sobre el ganado de los hacendados por saberse necesitados de trabajo ocasional en las haciendas y para evitar posibles actos de represión de lo que el hacendado y la sociedad mayor consideraban y consideran abigeato.

La actividad ganadera, que continúa siendo el primer renglón en la producción del Patía, dejó en el nativo dos elementos tan fuertemente arraigados que, aún hoy, son fundamento de la identidad patiana y sobreviven al hostigamiento de que son objeto por parte de la sociedad mayor y su influencia en la región: la vaquería y el "comer ganado".

La actividad ganadera y el pastoreo, hicieron del Patiano un buen caballista, magnífico jinete, buen lancero y un hábil guerrillero, como lo muestro en el artículo mencionado. Aunque los desarrollos del Siglo XX han limitado sus posibilidades de ejercer este oficio y arte, todavía el patiano está orgulloso de ser un buen jinete y, como una especie de simbólica perpetuación, sigue dando importancia al mejor jinete en sus fiestas.

... ah, y los gallos -por ejemplo- los gallos se colgaban de un rejo, para correr y a la carrera llevarse la cabeza del gallo; y eso al fin, de tanto forcejeo, se llevaban la cabeza. Por la habilidad de los jinetes.

Aquí eran muy buenos caballistas, muy buenos jinetes. El patiano tiene por objeto como que lo clavan en esa montura, en esa silla, en ese galápago. Tiene esa propiedad, yo no sé, por instinto, se sienta muy bien. Y como tiene que jalar ese ganado sumamente pesado, cebuces, etc., entonces tiene que saber montar y si nó lo bota, pues, o no se sostiene. Bien apretada la silla, la seguridad está en las acciones, en el estribo.

Bueno, y el que ganaba, el que arrancaba la cabeza del gallo, ese quedaba de hecho capitán, automáticamente, para el otro año. Como tal le tocaba dirigir las fiestas del otro año.<sup>18</sup>

Pero, al penetrar el Siglo XX, y con mayor fuerza después de la Guerra con el Perú (1932-34), durante la cual se inició la apertura de la carretera, empezaron a cambiar los dueños de

las tierras. Los propietarios ausentistas fueron remplazados por empresarios que, cercaron sus terrenos, compraron mejoras a bajo precio, en fin, fueron restringiendo a los patianos a ser peones de las haciendas y a limitar sus actividades -agrícolas o ganaderas- a sus pequeñas parcelas de las orillas de los ríos, las quebradas, las haciendas o los caminos.

En este momento se inicia una nueva etapa para el pueblo patiano, aquel que lo vincula definitivamente a la sociedad mayor como un miembro marginal de la nación colombiana y como un miembro más de las regiones aglutinadas por el sistema capitalista, alrededor del cual vive hoy el Patía un proceso de intensa aculturación y subdesarrollo.



## NOTAS

- 1.- Teodolinda Torres; 1974. "Patía", en *El Bordo (Cauca). 1824 - 1874*, Parroquia de El Bordo, p. 52.
- 2.- J. B. Boussingault; 1985. *Memorias*, Bogotá, Banco de la República, T. 5, p. 48.
- 3.- *Ibidem*, p. 51.
- 4.- M. E. André; 1982, *América Equinoccial*, Cali, Carvajal, Edición Facsimilar de la de Barcelona, Montaner y Simón, 1884, T.III, p. 741.
- 5.- *Ibidem*, pp. 743-744.
- 6.- "Documentos sobre la fundación del Bordo", 1974, en *El Bordo (Cauca). 1824 - 1974*, Parroquia de el Bordo, p. 4.
- 7.- Lucilio Rodríguez Muñoz, 1974, "Breve Historia de El Bordo", en *El Bordo (Cauca). 1824 - 1974*, p. 32.
- 8.- Entrevista realizada por los Ceballos a Eloy Angulo, habitante de Capellanías. Este texto se encuentra en los trabajos de ambos, así: Diego Ceballos, Capellanías, estructuras de poder local, Universidad del Cauca, Facultad de Humanidades, Tesis de Grado en Antropología, Popayán, 1978, p. 15.  
Martha Gonzalez de Ceballos; 1978. Estudio de una comunidad campesina en el sur del Cauca, Universidad del Cauca, Facultad de Humanidades, Tesis de Grado en Antropología, Popayán, p. 9.
- 9.- Entrevista con Don Abel Caicedo, El Bordo, Octubre 14 de 1984.
- 10.- M. E. André, *Op. cit.*, p. 741.
- 11.- *Ibidem*, p. 743.
- 12.- Entrevista con Don Abel Caicedo, El Bordo, Octubre 14 de 1984.
- 13.- Entrevista con Doña Teodolinda Torres, Patía, Abril 4 de 1985.
- 14.- Esta, y las siguientes tonadas, se tomaron de entrevista realizada con María Antonia Rodríguez, Patía, Abril 4 de 1985.
- 15.- Entrevista con Gabino Mosquera, Bordo, febrero 23 de 1985.
- 16.- Entrevista con Roberto Obando, Patía, Abril 7 de 1985.
- 17.- Entrevista con Gabino Mosquera, Bordo, Febrero 23 de 1985.
- 17b.- Francisco Zuluaga; 1986. "Clientelismo y Guerrillas en el Valle del Patía, 1536-1811", en Germán Colmenares (Ed.), *La Independencia. Ensayos de Historia Social*, Colcultura, Bogotá, pp. 111-136.
- 18.- Entrevista con Don Abel Caicedo, El Bordo, Octubre 14 de 1984.